

Presentación

Como señala Pierre Nora en *Les lieux de mémoire* (1984), la percepción histórica se ha dilatado prodigiosamente con la ayuda de los medios. Nora sostiene que en el estudio de los lugares de la memoria se opera simultáneamente un retorno reflexivo de la historia sobre sí misma, un movimiento puramente historiográfico y el fin de una tradición de memoria. Sobre las rupturas de las tradiciones del mundo moderno, nos dice:

Los dos movimientos se combinan para remitirnos a la vez, y por el mismo impulso, a los instrumentos de base del trabajo histórico y a los objetos más simbólicos de nuestra memoria.

Los archivos documentales para este historiador tienen el mismo nivel en el pensamiento que los símbolos nacionales. Así bibliotecas, diccionarios y museos tendrán el mismo significado que las fiestas-rituales y los monumentos. Los “lugares de la memoria”, nos aclara, son momentos históricos *arrancados* al movimiento de la historia que le son devueltos: “Ya no del todo la vida, no del todo la muerte, como esas conchas en la orilla cuando el mar de la memoria viva retrocede.”

En la medida, entonces, en que la memoria se transforma en historia requiere de soporte material. De ahí la necesidad de referencias tangibles, la obsesión del archivo y de darle al testimonio más humilde la calidad de memorable. La multiplicación de las historias particulares contribuye a esta aspiración de registro.

La historia parece salir del campo de los historiadores para democratizarse y son las propias comunidades las que en ocasiones se hacen cargo de su historia. Las iglesias, las profesiones, los grupos étnicos o, por otra parte, las organizaciones administrativas del Estado participan de esta multiplicación de los registros de su propio devenir. Podría decirse también que la percepción de lo histórico se ha ampliado y pugna por justificar constantemente la preservación de su huella material.

La multiplicación de documentos del más diverso tipo en los archivos obliga también al desarrollo de los métodos de organización y clasificación de sus acervos y genera la creciente especialización y profesionalización de quienes se dedican a su custodia. Actualmente, en los ambientes digitales se estructuran programas, cada día más potentes, de organización y búsqueda de los documentos que evidencian los esfuerzos de los archivistas por facilitar su acceso a los investigadores profesionales y a públicos cada día más amplios que encuentran en ellos el rastro de su identidad.

Los ambientes digitales han facilitado, además, una creciente asociación entre diversas instituciones que resguardan importantes acervos documentales y una mayor vinculación entre distintas colecciones y entre plataformas de búsqueda de organismos gubernamentales, de otras instancias de educación superior, o de fondos documentales de gran magnitud, lo que constituye un poderoso instrumento para el desarrollo del conocimiento.

Y precisamente las universidades de los países de América Latina y el Caribe se encuentran de lleno inmersas en este extraordinario proceso, como lo aclaran los artículos reunidos en la presente entrega de *Universidades*.

Javier Torres Parés

